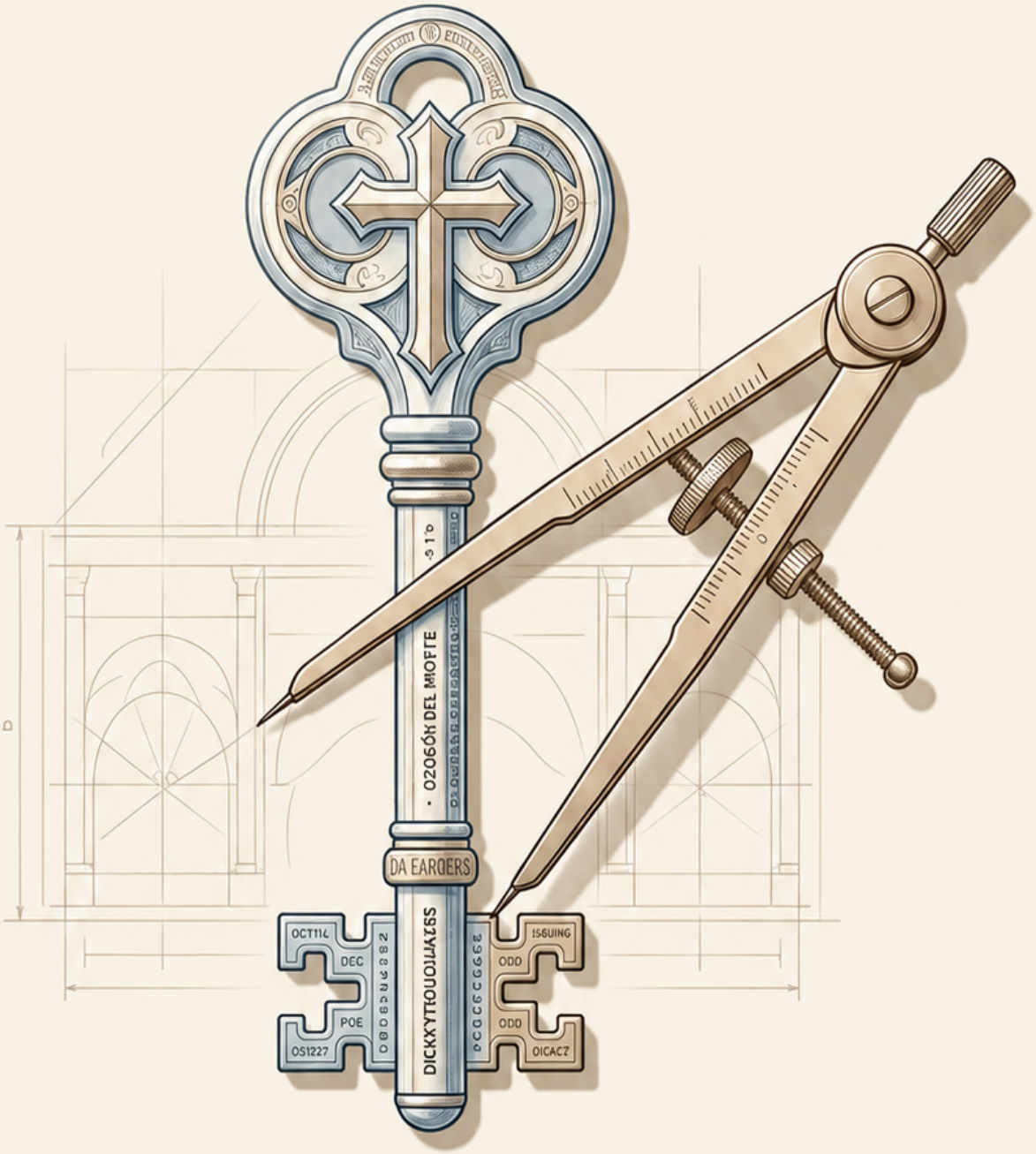
ESCATOLOCURA

Cuando el miedo secuestra el Evangelio



maxialvarez

ESCATOLOCURA: CUANDO EL MIEDO SECUESTRA EL EVANGELIO

Cuando cualquier guerra parece anunciar el fin del mundo

Hay enfermedades que no aparecen en los manuales de medicina porque no afectan al cuerpo, sino a la manera de mirar la realidad. No provocan fiebre, ni dejan cicatrices visibles, ni pueden detectarse mediante una resonancia magnética. Sin embargo, alteran profundamente la forma de pensar de quien las padece. Una de ellas —si se me permite el neologismo— podría llamarse **escatolocura.**

No me refiero, por supuesto, al estudio serio de la escatología. **La esperanza en el regreso de Cristo forma parte esencial de la fe cristiana** y ha acompañado a la Iglesia desde sus orígenes. Hablo de otra cosa. Hablo de esa **obsesión** que convierte cualquier acontecimiento internacional en una supuesta confirmación del fin del mundo; de esa necesidad casi compulsiva de encontrar en cada guerra, cada terremoto, cada eclipse o cada crisis económica una nueva prueba de que el Apocalipsis acaba de comenzar. Todos hemos conocido a alguien así.

Estalla un conflicto en Oriente Medio y, antes de que los analistas internacionales hayan logrado explicar sus causas, ya circulan decenas de vídeos asegurando que Ezequiel 38 acaba de cumplirse. Un nuevo líder político alcanza notoriedad mundial y, en cuestión de horas, aparece señalado como el posible Anticristo. Surge una epidemia, un avance tecnológico o un acuerdo diplomático y, casi automáticamente, alguien encuentra un versículo bíblico que, supuestamente, lo había anunciado hace dos mil años.

La velocidad con la que se producen estas interpretaciones resulta llamativa. Pero todavía resulta más sorprendente comprobar que el mismo mecanismo lleva funcionando generación tras generación.[1] Cambian los protagonistas, cambian las guerras, cambian los nombres de las naciones, pero el esquema permanece idéntico. Lo que ayer parecía una certeza absoluta hoy apenas se recuerda, sustituido por una nueva teoría que promete explicar definitivamente el curso de la historia.

Basta con echar la vista atrás para comprobarlo. Hubo quienes identificaron a Napoleón con el Anticristo. Otros hicieron lo mismo con el káiser Guillermo II, con Hitler, con Stalin, con Mussolini, con Gorbachov, con Saddam Hussein, con la Unión Europea, con la ONU, con distintos papas, con Barack Obama, con Vladimir Putin e incluso con tecnologías como los códigos de barras, los microchips o las vacunas (ahora es la IA...). Cada generación ha tenido su propio candidato y cada generación ha estado convencida de vivir los acontecimientos finales.[2]

Y, sin embargo, hay una pregunta que rara vez se formula desde los púlpitos:

¿Qué ocurre cuando todas esas interpretaciones fracasan?

Lo lógico sería pensar que el fracaso de una predicción conduce a revisar el sistema que la produjo. Eso sucede en cualquier disciplina seria. Si una teoría científica no explica adecuadamente los hechos, se corrige o se abandona. Si un modelo económico demuestra ser ineficaz, se replantea. Pero en determinados ambientes religiosos sucede algo muy distinto. Cuando una interpretación profética no se cumple, el problema nunca parece estar en la interpretación. **Siempre aparece una nueva explicación que permite conservar intacto el sistema**. Se cambian las fechas. Se cambian los protagonistas. Se cambian los escenarios. Pero casi nunca se cambia el método.

Y quizá esa sea una de las señales más claras de que nos encontramos ante un fenómeno que merece ser examinado con mayor detenimiento. Porque una interpretación bíblica debería ayudarnos a comprender las Escrituras; no obligar a las Escrituras a adaptarse continuamente a nuestras interpretaciones.

Hay una ironía difícil de pasar por alto. Muchos cristianos afirman interpretar la actualidad a la luz de la Biblia, cuando **en realidad terminan leyendo la Biblia a la luz de la actualidad**.[3] El orden se invierte casi sin darse cuenta. Los titulares del periódico comienzan a determinar qué textos bíblicos reciben atención cada semana, mientras otros pasajes —mucho más centrales para la vida cristiana— permanecen prácticamente olvidados.

No deja de ser significativo que, mientras algunos dedican horas a descifrar la identidad de Gog y Magog, apenas encuentran tiempo para meditar en el Sermón del Monte. Nos hemos acostumbrado a discutir sobre los diez cuernos de la bestia, pero rara vez discutimos con la misma pasión sobre el mandato de amar al enemigo. Y cuando eso sucede, quizá el problema ya no sea únicamente una interpretación escatológica. Quizá el problema sea que hemos perdido el sentido de las prioridades.

Porque **el Evangelio nunca pretendió alimentar nuestra curiosidad sobre el futuro. Pretendía transformar nuestra manera de vivir el presente**.

Existe una pregunta que pocas veces se plantea y que, sin embargo, resulta decisiva: ¿por qué necesitamos tanto que las profecías se estén cumpliendo **ahora**?

No es una cuestión menor. Si observamos con atención el discurso de una parte del evangelicalismo contemporáneo, descubriremos una constante difícil de ignorar. Casi todas las generaciones han estado convencidas de vivir los acontecimientos finales. Cada una ha encontrado razones aparentemente irrefutables para afirmarlo. La diferencia es que, cuando pasan los años y la historia continúa, la convicción no desaparece; simplemente cambia de escenario.

La Guerra Fría parecía anunciar el desenlace definitivo.

Después fue la caída de la Unión Soviética.

Más tarde, la Guerra del Golfo.

Luego llegaron los atentados del 11 de septiembre.

Después la Primavera Árabe.

La pandemia.

La invasión de Ucrania.

Y, más recientemente, la guerra entre Israel y Hamás.

Cada uno de esos acontecimientos fue presentado por miles de predicadores, conferenciantes y creadores de contenido como la prueba definitiva de que el *reloj profético* acababa de acelerar su marcha.[4] Quien se atreva a revisar sermones, libros o vídeos publicados en cada una de esas etapas comprobará que el lenguaje apenas cambia. Solo cambian los nombres propios.

La pregunta es inevitable.

¿Cuántas veces puede anunciarse el inminente fin del mundo antes de que empecemos a cuestionar el método con el que llegamos siempre a esa conclusión?

Lo curioso es que este fenómeno no suele alimentarse tanto de la lectura pausada de las Escrituras como de la necesidad de conectar inmediatamente cualquier noticia con un versículo bíblico. El proceso casi siempre sigue el mismo esquema: primero aparece el acontecimiento histórico; después comienza una búsqueda apresurada de textos que parezcan describirlo; finalmente, esos textos se presentan como una confirmación de que la profecía acaba de cumplirse.

Pero ese no es el modo en que los autores bíblicos enseñaron a interpretar las Escrituras. La Biblia no fue escrita para que cada generación pudiera encontrarse a sí misma en el periódico. Fue escrita para revelar el carácter de Dios, conducirnos a

Cristo y formar un pueblo santo.[5] Cuando la convertimos en un inmenso código cifrado destinado a explicar cada titular de prensa, dejamos de leerla como revelación para empezar a utilizarla como un mapa de predicciones.

> **«Cuando la convertimos la Biblia en un inmenso código cifrado destinado a explicar cada titular de prensa, dejamos de leerla como revelación para empezar a utilizarla como un mapa de predicciones.»**

Y ahí comienza uno de los mayores peligros. Porque una vez que adoptamos ese modo de leer la realidad, cualquier noticia deja de ser simplemente una noticia. Todo adquiere un significado oculto. Un tratado internacional ya no es solo un acuerdo diplomático; puede ser el pacto del que habló Daniel. Una moneda digital deja de ser una innovación tecnológica; inmediatamente alguien la relaciona con la marca de la bestia. Una alianza militar ya no responde únicamente a intereses geopolíticos; pasa a formar parte de un supuesto tablero profético diseñado hace miles de años.

La consecuencia es que dejamos de analizar los acontecimientos con criterios históricos, políticos o sociales para interpretarlos exclusivamente mediante un esquema profético previamente establecido.

En psicología existe un fenómeno conocido como **apofenia**: la tendencia del ser humano a encontrar patrones y relaciones significativas entre hechos que, en realidad, no guardan una conexión objetiva.[6] Es la misma capacidad que nos hace reconocer figuras en las nubes o rostros en una pared. Se trata de una habilidad cognitiva útil en muchos contextos, pero también **puede llevarnos a establecer conexiones inexistentes** cuando nuestra mente desea intensamente encontrarlas.

No estoy afirmando que toda interpretación profética sea un caso de apofenia. Sería una conclusión irresponsable. Lo que sí merece reflexión es comprobar hasta qué punto esa tendencia humana puede influir en nuestra manera de leer tanto la historia como las Escrituras. Cuando estamos convencidos de que vivimos los últimos días, el cerebro comienza a buscar confirmaciones de esa idea casi de forma automática. Cada nueva crisis parece encajar en el rompecabezas, mientras que los acontecimientos que no encajan sencillamente pasan desapercibidos.

Quizá por eso Jesús pronunció unas palabras que hoy resultan especialmente incómodas. Al hablar del fin, advirtió repetidamente: **«Mirad que nadie os engañe»** (Mt 24:4). Lo llamativo es que la advertencia no iba dirigida al mundo, sino precisamente a sus discípulos. Antes de hablar de guerras, terremotos o persecuciones, Jesús habló del peligro del engaño. Tal vez porque sabía que la

fascinación por los acontecimientos extraordinarios siempre ha sido un terreno fértil para la especulación.

Y quizá ahí radique la mayor ironía de todas. En nombre del deseo de comprender las profecías, algunos han terminado desarrollando una extraordinaria facilidad para confundir las noticias con la revelación.

Hay algo profundamente paradójico en todo esto.

Nunca habíamos tenido tantos libros sobre profecía, tantos congresos escatológicos, tantos canales de YouTube dedicados exclusivamente al fin de los tiempos y, sin embargo, da la impresión de que cada vez conocemos menos a Jesucristo.

Sabemos interpretar los movimientos de las naciones.

Reconocemos los nombres de Gog y Magog.

Discutimos sobre el tercer templo.

Debatimos acerca de la marca de la bestia.

Analizamos el último conflicto en Oriente Medio.

Pero, al mismo tiempo, resulta llamativo comprobar cuánto tiempo dedicamos a reflexionar sobre las Bienaventuranzas, el Sermón del Monte o las parábolas del Reino. No deja de ser una contradicción sorprendente.

Porque el Nuevo Testamento nunca presenta la madurez espiritual como la capacidad para descifrar acontecimientos futuros. La presenta como el fruto de una vida transformada por Cristo. El apóstol Pablo no pidió a las iglesias que identificaran al Anticristo; les pidió que tuvieran la mente de Cristo. Pedro no exhortó a los creyentes a interpretar cada movimiento del Imperio romano; los animó a vivir vidas santas y piadosas. Santiago no escribió sobre calendarios proféticos; escribió sobre la lengua, la justicia, la humildad y el cuidado de los más vulnerables.

Eso debería hacernos pensar. Quizá sin advertirlo, hemos terminado haciendo exactamente aquello contra lo que Jesús nos advirtió: **vivir fascinados por las señales mientras descuidamos aquello que verdaderamente importa**.

Vivimos en una época en la que un vídeo de treinta segundos puede recorrer el mundo en cuestión de minutos. Basta una imagen impactante, una música inquietante y un versículo fuera de contexto para convencer a miles de personas de que una nueva profecía acaba de cumplirse.

«El algoritmo premia el sensacionalismo. La indignación genera clics. El miedo multiplica las visualizaciones. Y el resultado es una avalancha constante de contenido que convierte la ansiedad escatológica en un producto de consumo.»

Porque no nos engañemos. **La escatolocura también mueve dinero**. Vende libros. Llena auditorios. Multiplica las visitas en internet. Genera seguidores. Produce conferencias. Convierte a determinados intérpretes en referentes capaces de explicar, semana tras semana, lo que supuestamente Dios está haciendo a través de las noticias.

Y cuando un discurso necesita que el mundo permanezca permanentemente al borde del colapso para seguir despertando interés, quizá ha dejado de anunciar esperanza para empezar a comercializar incertidumbre.

No escribo estas líneas para ridiculizar a quienes durante años han creído sinceramente estas interpretaciones. Yo mismo crecí escuchando muchas de ellas. También esperé con inquietud acontecimientos que nunca llegaron. También aprendí a leer los periódicos buscando confirmar determinados esquemas proféticos. Precisamente por eso sé lo difícil que resulta cuestionar ideas que uno ha dado por ciertas durante tanto tiempo.

Pero llega un momento en el que toda persona honesta debe hacerse una pregunta incómoda.

¿Y si algunas de las cosas que siempre me enseñaron no proceden directamente del texto bíblico, sino de una forma concreta —y relativamente reciente— de interpretarlo?

No es una pregunta peligrosa. Peligroso es negarse a formularla.

La fe cristiana nunca ha tenido miedo a la verdad. Las grandes reformas de la historia de la Iglesia comenzaron precisamente cuando hombres y mujeres se atrevieron a volver a las Escrituras y a preguntarse si las tradiciones que habían heredado reflejaban realmente el mensaje de Cristo.

Quizá nuestra generación necesite hacer exactamente lo mismo. No para abandonar la esperanza del regreso del Señor. No para despreciar la escatología. No para cambiar un sistema teológico por otro. Sino para recuperar algo infinitamente más importante.

Volver a poner a Cristo donde los apóstoles siempre lo pusieron: en el centro absoluto del Evangelio.

Porque esa es, en el fondo, la gran pregunta. No si la próxima guerra anuncia el fin del mundo. No si el Anticristo ya ha nacido. No si el tercer templo comenzará a construirse este año. La pregunta verdaderamente decisiva es otra.

¿Podría alguien escuchar nuestras predicaciones durante un año entero y salir convencido de que el centro de nuestra fe es Jesucristo... o concluiría que el verdadero protagonista del cristianismo contemporáneo es el calendario profético?

Esa pregunta fue el punto de partida de ***Volver a Cristo***.

Este libro nació después de cuestionarme ciertas narrativas, de ver a hermanos desorientados con estos temas, de revisar las Escrituras, de contrastar la historia de la interpretación bíblica y de enfrentar preguntas que durante mucho tiempo preferí no hacerme. No pretende ridiculizar a quienes piensan diferente ni ofrecer respuestas fáciles. Su propósito es mucho más sencillo y, al mismo tiempo, mucho más desafiante: **invitar al lector a abrir de nuevo la Biblia y preguntarse si Cristo sigue ocupando el lugar que el Nuevo Testamento le concede, o si otras ideas —por muy populares que sean— han terminado desplazándolo silenciosamente del centro.**

Porque quizá el mayor peligro para la Iglesia no sea equivocarse en una interpretación profética.

Quizá el mayor peligro sea **acertar en todos los detalles del calendario... y olvidar a Aquel de quien habla toda la Escritura.**

Notas

1. Ernest R. Sandeen, *The Roots of Fundamentalism: British and American Millenarianism, 1800–1930* (Chicago: University of Chicago Press, 1970), 63–95.

2. Richard Kyle, *The Last Days Are Here Again: A History of the End Times* (Grand Rapids, MI: Baker Books, 1998), 101–168.

3. George Eldon Ladd, *The Presence of the Future: The Eschatology of Biblical Realism* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1974), 17–35.

4. Paul S. Boyer, *When Time Shall Be No More: Prophecy Belief in Modern American Culture* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1992), 120–178.

[5]. Christopher J. H. Wright, *Knowing Jesus Through the Old Testament* (Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 1992), 19–47.

[6]. Klaus Conrad, *Die beginnende Schizophrenie: Versuch einer Gestaltanalyse des Wahns* (Stuttgart: Thieme, 1958), 21–39. El término **apofenia** fue acuñado por Conrad para describir la tendencia a percibir conexiones o significados donde objetivamente no los hay, un concepto posteriormente utilizado también en psicología cognitiva.

¿Quién secuestró el Evangelio?

Cuando Cristo desaparece detrás de una bandera

Hay una imagen que se repite con una frecuencia casi litúrgica en una parte del mundo evangélico contemporáneo. El creyente llega a la iglesia esperando escuchar hablar de Jesucristo, del Reino de Dios, del perdón, de la cruz o de la esperanza cristiana. Sin embargo, una hora después sale con la sensación de haber asistido a un análisis geopolítico sobre Oriente Medio. Se ha hablado de Irán, de Rusia, del último movimiento diplomático de Estados Unidos, de la reconstrucción del tercer templo, del Anticristo, de Gog y Magog, de la ONU o del supuesto reloj profético que avanza inexorablemente hacia el fin del mundo. **Cristo ha aparecido, sí, pero casi siempre como un personaje secundario dentro de una narración cuyo verdadero protagonista parece ser otro**.

La pregunta, por incómoda que resulte, merece ser formulada sin rodeos: ¿en qué momento el Evangelio dejó de girar alrededor de Cristo para empezar a girar alrededor de un mapa?

No es una exageración retórica. Basta observar una parte significativa de la predicación evangélica de las últimas décadas para comprobar que existe un desplazamiento del centro de gravedad. **La salvación ha cedido terreno frente a la escatología; la ética del Reino frente a la geopolítica; el Sermón del Monte frente a la última noticia procedente de Jerusalén**. Poco a poco, casi sin que muchos creyentes hayan sido conscientes de ello, la Biblia ha empezado a leerse con el periódico en una mano y con un esquema profético preconcebido en la otra. El resultado es **un cristianismo permanentemente pendiente de la actualidad internacional, convencido de que cada guerra confirma una profecía** y de que cada titular constituye una prueba más de que el desenlace definitivo está a la vuelta de la esquina[1].

Nada de esto habría sido especialmente problemático si se hubiera mantenido como una hipótesis interpretativa entre otras muchas. La dificultad aparece cuando ese esquema deja de presentarse como una posibilidad para convertirse en la única lectura legítima de las Escrituras. A partir de ese momento, cualquier discrepancia deja de ser una diferencia hermenéutica para convertirse casi en una sospecha de infidelidad

espiritual. Quien cuestiona el relato ya no discute una interpretación: parece cuestionar el propio plan de Dios. Y es precisamente ahí donde comienza el verdadero problema.

> **«Una fe que deja de admitir preguntas termina pareciéndose demasiado a una ideología.»**

La teología del miedo nunca fue el Evangelio

Existe, además, un elemento que suele pasar inadvertido cuando se analiza este fenómeno: el miedo no es simplemente una consecuencia de determinados discursos religiosos; en demasiadas ocasiones constituye su principal mecanismo de funcionamiento. No se trata únicamente de que algunos predicadores hablen del fin de los tiempos con excesiva frecuencia. El problema es más profundo. Toda una generación de creyentes ha sido educada en una espiritualidad donde la ansiedad se confundió con vigilancia y donde el sobresalto permanente llegó a interpretarse como una prueba de fidelidad.

Quien ha crecido en determinados ambientes evangélicos reconocerá fácilmente esa sensación. Durante décadas se proyectaron películas, se organizaron conferencias proféticas y se escribieron incontables libros cuyo mensaje podía resumirse en una sola idea: el mundo está a punto de terminar y solo unos pocos han sabido interpretar correctamente las señales. Cada guerra en Oriente Medio, cada terremoto, cada crisis económica o cada avance tecnológico pasaba a formar parte de un inmenso rompecabezas escatológico que parecía confirmar, una vez más, que el reloj profético había comenzado la cuenta atrás. No importaba que aquellas predicciones se hubieran reformulado una y otra vez durante décadas; siempre aparecía un nuevo acontecimiento dispuesto a revitalizar el mismo relato.

La psicología cognitiva ofrece una explicación interesante para este fenómeno. Daniel Kahneman popularizó lo que hoy conocemos como **sesgo de confirmación**: **la tendencia humana a conceder mayor valor a la información que confirma nuestras convicciones previas** e ignorar aquella que las pone en cuestión.[2] Cuando ese mecanismo se instala en una comunidad religiosa, cada nueva crisis internacional parece reforzar el mismo esquema interpretativo, aunque los pronósticos anteriores hayan resultado erróneos.

El resultado de esa dinámica es mucho más profundo de lo que suele reconocerse. Una comunidad que vive instalada en **la expectativa constante del desastre** acaba

desarrollando una manera peculiar de relacionarse con la realidad. El presente deja de contemplarse como el lugar donde el cristiano está llamado a vivir el Evangelio y se convierte, simplemente, en una antesala del colapso definitivo. La historia deja de ser el escenario donde Dios sigue actuando para transformarse en una sucesión de acontecimientos cuyo único interés consiste en demostrar que el final está cerca.

Paradójicamente, cuanto más se alimenta esa expectativa, menos espacio queda para el núcleo del mensaje cristiano. El discipulado, la justicia, la misericordia, el amor al prójimo o la transformación del carácter terminan desplazados por una curiosidad casi obsesiva hacia los acontecimientos futuros. No deja de ser llamativo que los Evangelios dediquen muchas más páginas a explicar cómo debe vivir un discípulo que a describir cronológicamente el desenlace de la historia, mientras que una parte significativa del evangelicalismo contemporáneo parece haber invertido completamente ese orden de prioridades.

No es casual que el Nuevo Testamento insista repetidamente en una idea que hoy apenas ocupa espacio en ciertos círculos:

> **«En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor» (1 Juan 4:18).**

La esperanza cristiana nunca fue concebida como una fábrica de ansiedad, sino precisamente como el antídoto frente a ella. Sin embargo, **cuando el miedo se convierte en el principal combustible de la predicación, la dependencia termina sustituyendo a la madurez espiritual**. Un creyente que vive convencido de que cualquier titular puede esconder una clave profética necesitará siempre a alguien que le explique el siguiente acontecimiento. **La autoridad deja entonces de apoyarse en la solidez del mensaje y comienza a sostenerse sobre la capacidad de interpretar la incertidumbre**.

Cuando la política ocupa el lugar de la fe

Pero el miedo, por sí solo, no explica todo el fenómeno. Existe un segundo elemento igualmente decisivo: **la progresiva politización de la imaginación religiosa**.

Afirmar que determinados sectores evangélicos han desarrollado una profunda simpatía hacia el Estado de Israel constituye una obviedad. Lo verdaderamente interesante no es constatar ese hecho, sino preguntarse por qué ha llegado a producirse y qué consecuencias ha tenido para la comprensión del propio Evangelio.

Durante siglos, la cuestión de Israel ocupó un lugar importante dentro de la reflexión teológica, pero nunca llegó a monopolizar la predicación cristiana. La situación comenzó a cambiar cuando **determinadas corrientes dispensacionalistas convirtieron la existencia del moderno Estado de Israel en una pieza imprescindible para comprender el desarrollo de la historia de la salvación**. Desde ese momento, **la geopolítica dejó de ser simplemente geopolítica: pasó a convertirse en un lenguaje teológico.**

Ese cambio de perspectiva alteró profundamente la manera de leer la realidad. Si la creación del Estado de Israel en 1948 constituye, como sostienen algunos, el cumplimiento directo de determinadas profecías bíblicas, entonces apoyar políticamente a ese Estado deja de ser una opción discutible para convertirse casi en un acto de fidelidad espiritual. El problema es que una vez aceptada esa premisa, cualquier crítica dirigida a sus decisiones políticas corre el riesgo de interpretarse como una oposición al propio plan de Dios. La consecuencia es evidente: el debate desaparece antes incluso de comenzar.

Resulta significativo observar cómo determinadas palabras han terminado funcionando más como mecanismos de censura que como categorías útiles para el diálogo. Acusaciones como «antisemita» aparecen con una rapidez sorprendente en cuanto alguien cuestiona ciertas interpretaciones proféticas o determinadas actuaciones políticas. No siempre se utilizan para describir una realidad objetiva; con frecuencia cumplen una función mucho más eficaz: clausurar la conversación antes de que pueda desarrollarse. Cuando las etiquetas sustituyen a los argumentos, el pensamiento deja de avanzar y se limita a protegerse de cualquier examen crítico.

Y es precisamente aquí donde conviene formular una pregunta incómoda. Si el Evangelio proclama que «ya no hay judío ni griego» porque todos son uno en Cristo (Gálatas 3:28), ¿cómo hemos llegado a construir un discurso en el que la pertenencia a un Estado moderno parece adquirir una relevancia teológica muy superior a la que el propio Nuevo Testamento le concede? ¿En qué momento una bandera comenzó a ocupar un espacio simbólico que, en la predicación apostólica, pertenecía exclusivamente a Cristo?

No se trata de negar la complejidad del conflicto de Oriente Próximo ni de ignorar la historia del pueblo judío. Sería una simplificación injusta. La cuestión es otra. El cristianismo siempre ha sido extraordinariamente cuidadoso a la hora de distinguir entre el Reino de Dios y los reinos de este mundo. Jesús rechazó explícitamente cualquier intento de convertir su misión en un proyecto político cuando afirmó que «mi Reino no es de este mundo» (Juan 18:36). Resulta, por tanto, difícil comprender por qué una parte del cristianismo contemporáneo parece empeñada en recorrer exactamente el camino contrario: convertir una cuestión política en el centro mismo de la experiencia religiosa.

Quizá la pregunta más urgente no sea quién tiene razón en cada debate geopolítico, sino algo mucho más sencillo y, precisamente por eso, más inquietante: si un cristiano pudiera escuchar hoy buena parte de nuestras predicaciones sin conocer previamente el contexto, ¿saldría convencido de que el centro del mensaje es Jesucristo o concluiría que el núcleo de la fe consiste en interpretar correctamente la política internacional?

Porque esa diferencia, lejos de ser un simple matiz, marca la distancia que separa un Evangelio cristocéntrico de un Evangelio colonizado.

Cómo llegamos hasta aquí

Nada de lo que ocurre hoy apareció de la noche a la mañana. La fascinación de una parte del mundo evangélico por el Estado de Israel no nació en las primeras comunidades cristianas ni tampoco en la Reforma. Es el resultado de una determinada forma de interpretar la Biblia que comenzó a tomar forma en el siglo XIX y que alcanzó una enorme difusión durante el siglo XX gracias a figuras como John Nelson Darby y, más tarde, a la influyente Biblia de Referencia Scofield[3].

Aquella interpretación proponía una separación muy marcada entre Israel y la Iglesia, otorgando al Israel nacional un papel central en los acontecimientos finales de la

historia. Con el paso de las décadas, ese esquema terminó impregnando seminarios, púlpitos, conferencias proféticas y buena parte de la literatura evangélica contemporánea.

Comprender este recorrido histórico no significa negar la importancia del pueblo judío ni simplificar un debate teológico que lleva siglos abierto. Significa, simplemente, reconocer que muchas de las ideas que hoy se presentan como verdades indiscutibles son, en realidad, interpretaciones relativamente recientes dentro de la historia del cristianismo.

Y esa constatación obliga a formular una pregunta incómoda, pero necesaria: si determinados sistemas teológicos han terminado condicionando nuestra forma de leer la Biblia, ¿no deberíamos revisarlos a la luz del propio Evangelio?

Quizá el verdadero desafío no consista en escoger entre una escuela escatológica u otra, sino en recuperar una pregunta mucho más elemental: **¿qué ocupa realmente el centro de nuestra fe?** Porque Cuando una interpretación —por brillante que parezca— termina eclipsando a Jesucristo, ha dejado de servir al Evangelio para empezar a servirse de él[4].

> **«Cuando una interpretación —por brillante que parezca— termina eclipsando a Jesucristo, ha dejado de servir al Evangelio para empezar a servirse de él.»**

Esa, precisamente, es la cuestión que desarrollo con mayor profundidad en ***Volver a Cristo***. No se trata de un ataque contra una denominación concreta ni de una defensa de otra escuela teológica. Es una invitación a revisar, con honestidad y sin miedo, algunas de las ideas que muchos hemos dado por sentadas durante años. Porque la fe nunca pierde cuando se somete a examen; pierde cuando convierte determinadas interpretaciones en intocables.

Tal vez haya llegado el momento de volver a abrir la Biblia con una pregunta sencilla, pero decisiva: **si hoy leyéramos las Escrituras por primera vez, sin el peso de nuestras tradiciones, ¿llegaríamos exactamente a las mismas conclusiones?** Esa es la pregunta que da origen a ***Volver a Cristo***. Y, probablemente, también sea la pregunta que más merece la pena hacerse.

Notas

1. Ernest R. Sandeen, *The Roots of Fundamentalism: British and American Millenarianism, 1800–1930* (Chicago: University of Chicago Press, 1970), 63–95.

2. Daniel Kahneman, *Thinking, Fast and Slow* (New York: Farrar, Straus and Giroux, 2011), 79–88.

3. Craig A. Blaising y Darrell L. Bock, *Progressive Dispensationalism* (Grand Rapids, MI: Baker Academic, 1993), 15–42.

4. Richard B. Hays, *Reading Backwards: Figural Christology and the Fourfold Gospel Witness* (Waco, TX: Baylor University Press, 2014).

La industria evangélica del miedo

Cómo algunos púlpitos aprendieron que el miedo vende mejor que el Evangelio

Hay una pregunta que me ha acompañado durante años y que nunca he conseguido apartar del todo. **¿Por qué tantos cristianos viven con miedo?** No me refiero al temor reverente del que hablan las Escrituras ni a la incertidumbre que cualquier ser humano experimenta frente al dolor, la enfermedad o la muerte. Hablo de otro miedo. Uno más difuso, más persistente y, sobre todo, más cultivado. El miedo a quedarse atrás cuando Cristo regrese. **El miedo a no haber interpretado correctamente las profecías**. El miedo a que cualquier acontecimiento internacional sea la antesala de la gran tribulación. El miedo a un mundo que parece avanzar inexorablemente hacia el caos y en el que cada titular del informativo podría esconder una nueva señal del fin.

Lo inquietante no es que ese miedo exista. Lo verdaderamente preocupante es comprobar hasta qué punto ha llegado a normalizarse dentro de determinados ambientes evangélicos. Hay creyentes que llevan décadas viviendo con la sensación de que el mundo está a punto de terminar y, sin embargo, apenas se preguntan si esa forma de experimentar la fe se parece realmente a la que encontramos en los Evangelios. Han aprendido a convivir con la **ansiedad espiritual** del mismo modo que uno acaba acostumbrándose al ruido constante de una carretera cercana: deja de percibirlo conscientemente, aunque nunca desaparezca del todo.

Durante mucho tiempo pensé que se trataba de una percepción personal. Sin embargo, con los años comprendí que detrás de esa experiencia existía un patrón sorprendentemente repetitivo. Cambiaban los predicadores, cambiaban las iglesias e incluso cambiaban los países, pero **el discurso permanecía intacto**. Siempre había una nueva crisis internacional que confirmaba las profecías. Siempre aparecía un personaje candidato a convertirse en el Anticristo. Siempre surgía una nueva conferencia anunciando que estábamos viviendo "los últimos tiempos" como ninguna otra generación antes que nosotros. Lo extraordinario es que ese mensaje lleva repitiéndose, con pequeñas variaciones, desde hace más de un siglo.[1]

Y, sin embargo, rara vez nos detenemos a formular la pregunta más elemental: **¿qué efectos produce una predicación construida casi exclusivamente sobre el miedo?**

Porque el miedo no es una emoción cualquiera. La psicología lleva décadas demostrando que **una persona sometida de manera constante a estados de alarma modifica profundamente su forma de interpretar la realidad**. Se vuelve más vulnerable a los discursos simplificadores, busca con mayor intensidad figuras de autoridad y desarrolla una fuerte tendencia a aceptar aquellas explicaciones que reducen la incertidumbre, incluso cuando carecen de un fundamento sólido.[2]

No es casualidad que todos los sistemas de propaganda, ya sean políticos, ideológicos o religiosos, hayan recurrido históricamente al mismo recurso: convencer primero de que existe una amenaza inminente y presentarse después como los únicos capaces de interpretarla correctamente.

No pretendo afirmar que exista una estrategia consciente detrás de cada sermón sobre la segunda venida de Cristo. Sería injusto y profundamente simplista. Conozco pastores sinceros cuya esperanza escatológica nace de una convicción honesta y de un amor genuino por las Escrituras.

El problema no está en esperar el regreso de Cristo. Esa esperanza forma parte del corazón de la fe cristiana. **El problema comienza cuando esa esperanza deja de producir consuelo y empieza a generar ansiedad**; cuando la expectativa del Reino se transforma en una obsesión enfermiza por descifrar calendarios proféticos; cuando el Evangelio ya no libera del miedo, sino que parece necesitarlo para mantenerse vivo.

> **«Esperar el regreso de Cristo es la esperanza que forma parte del corazón de la fe cristiana. El problema es cuando esa esperanza se transforma en ansiedad, en una obsesión enfermiza por descifrar calendarios proféticos; un evangelio que parece necesitar el miedo para mantenerse vivo.»**

Y es precisamente aquí donde conviene detenerse. Porque quizá hemos aceptado como normal algo que los primeros cristianos jamás habrían reconocido como parte esencial de su fe. Basta recorrer los Evangelios para descubrir que **Jesús habló con frecuencia de su regreso, pero dedicó mucho más tiempo a enseñar cómo debía vivir un discípulo aquí y ahora**. El Sermón del Monte ocupa tres capítulos completos del Evangelio de Mateo; las especulaciones cronológicas sobre el final de los tiempos, apenas unas páginas.

Sin embargo, en algunos sectores del evangelicalismo contemporáneo da la impresión de que hemos invertido ese orden de prioridades. Sabemos identificar a Gog y Magog,

pero nos cuesta reconocer las bienaventuranzas. Discutimos apasionadamente sobre el tercer templo de Jerusalén, mientras apenas hablamos del perdón, de la reconciliación o del amor al enemigo.

Quizá el verdadero problema no sea una doctrina concreta, sino una cultura religiosa que ha aprendido —casi sin darse cuenta— que **el miedo moviliza más que la esperanza**. Porque el miedo llena auditorios. El miedo vende libros. El miedo multiplica las visualizaciones de un vídeo en internet. El miedo convierte cualquier conflicto internacional en un acontecimiento espiritual de primer orden. Y, sobre todo, el miedo genera dependencia. Quien vive convencido de que el próximo titular puede contener una clave profética necesitará siempre a alguien que le explique qué significa realmente lo que está ocurriendo.

Es entonces cuando la predicación corre el riesgo de dejar de formar discípulos para empezar a fabricar **consumidores de incertidumbre**. Y esa diferencia, aunque pueda parecer sutil, cambia por completo la naturaleza del mensaje cristiano.

Existe una diferencia fundamental entre una predicación que prepara al creyente para afrontar el sufrimiento y otra que lo mantiene permanentemente en **estado de alarma**. La primera fortalece la fe; la segunda la hace dependiente. Una invita a madurar; la otra necesita que el creyente permanezca siempre expectante, siempre preocupado, siempre pendiente de la próxima explicación. No es una diferencia menor.

El miedo tiene una extraordinaria capacidad para reorganizar nuestras prioridades. Cuando una persona vive convencida de que el peligro es inminente, deja de hacerse determinadas preguntas. Ya no analiza con calma. Ya no contrasta distintas interpretaciones. Busca, casi instintivamente, a alguien que le ofrezca seguridad. El problema es que esa necesidad de seguridad puede convertirse en el terreno perfecto para aceptar como indiscutibles afirmaciones que, en otro contexto, examinaríamos con mucha más serenidad.

El sociólogo y teólogo francés Jacques Ellul advirtió que la propaganda más eficaz no suele imponerse por la fuerza, sino creando un clima emocional que hace que las personas deseen recibir respuestas simples frente a una realidad compleja.[3] Aunque Ellul analizaba principalmente los mecanismos de la propaganda política, sus observaciones resultan sorprendentemente útiles para comprender ciertos fenómenos religiosos contemporáneos. Allí donde el miedo domina la conversación, el pensamiento crítico suele convertirse en la primera víctima.

Quizá por eso resulta tan llamativo comprobar cómo **determinadas predicaciones parecen necesitar una crisis permanente para mantenerse vivas**. Si no hay una guerra, aparecerá una nueva teoría sobre el Anticristo. Si la guerra termina, llegará una conferencia sobre las últimas señales. Si las profecías anunciadas no se cumplen, el

calendario simplemente se reajusta y comienza un nuevo ciclo de expectativas. Cambian los escenarios, cambian los nombres, cambian las fechas, pero el mecanismo permanece intacto.

La historia del cristianismo está llena de **anuncios fallidos sobre el fin del mundo**. Desde los movimientos milenaristas medievales hasta las predicciones más recientes, las fechas han ido sucediéndose una tras otra con una regularidad casi desconcertante. Y, sin embargo, el fracaso de esas predicciones rara vez conduce a una revisión profunda del sistema que las produjo. Lo habitual es que aparezcan nuevas explicaciones, nuevas interpretaciones o nuevos acontecimientos que permitan mantener vivo el mismo relato.[4]

Esta dinámica debería hacernos reflexionar. Si un modelo interpretativo necesita ser reformulado continuamente para sobrevivir a sus propios errores, quizá el problema no esté en los acontecimientos históricos, sino en el modelo mismo.

Pero hay otra consecuencia mucho más preocupante. Cuando el miedo se convierte en el eje de la vida espiritual, el Evangelio comienza a perder su capacidad transformadora. La fe deja de ser contemplada como una relación viva con Jesucristo para convertirse en **una especie de sistema de vigilancia permanente**. La pregunta ya no es cómo amar mejor al prójimo, cómo crecer en santidad o cómo reflejar el carácter de Cristo. La pregunta pasa a ser otra: *¿qué significa la última noticia? ¿Quién será el próximo líder mundial? ¿Estamos ya viviendo el cumplimiento de tal o cual profecía?* Poco a poco, casi sin advertirlo, la curiosidad termina desplazando al discipulado.

Es significativo que Jesús dedicara la inmensa mayoría de su ministerio a hablar del Reino de Dios, del arrepentimiento, de la misericordia, del perdón y del amor. Los discursos específicamente escatológicos ocupan un espacio muy reducido dentro de los Evangelios. Sin embargo, basta observar determinados canales de internet, congresos proféticos o programas de televisión cristianos para comprobar que el orden se ha invertido. La excepción ha terminado convirtiéndose en la norma, mientras que el centro del mensaje ha ido perdiendo protagonismo.

Quizá el ejemplo más claro de este fenómeno sea la manera en que consumimos la información. Muchos creyentes ya no leen las noticias para comprender el mundo en el que viven; las leen buscando confirmar una interpretación profética previa. Es una actitud profundamente humana. Todos tendemos a interpretar la realidad desde nuestras convicciones. Pero cuando esa tendencia se convierte en el único filtro posible, aparece lo que la psicología denomina **sesgo de confirmación**: la inclinación a aceptar con mayor facilidad aquello que confirma nuestras creencias e ignorar todo lo que podría ponerlas en cuestión.[5]

Ese mecanismo no afecta únicamente a una corriente teológica determinada. Nos afecta a todos. La diferencia es que, cuando se combina con una espiritualidad alimentada por el miedo, sus consecuencias pueden ser especialmente profundas. Cada nueva crisis internacional parece confirmar el mismo esquema, mientras que las predicciones fallidas se olvidan con sorprendente rapidez. El relato continúa avanzando casi intacto, como si nunca hubiera necesitado corregirse.

Y quizá ahí resida una de las preguntas más incómodas de todas: si el mensaje que escuchamos necesita que el mundo permanezca constantemente al borde del abismo para conservar su fuerza, ¿seguimos anunciando el Evangelio de Jesucristo... o hemos terminado dependiendo del miedo para mantener viva nuestra fe?

Llegados a este punto, conviene volver a aclarar algo que quizá algunos lectores hayan pensado desde el principio. Este artículo no pretende cuestionar la esperanza del regreso de Cristo. Sería absurdo. El problema nunca ha sido esperar a Cristo.

> **«El problema comienza cuando dejamos de esperar a Cristo para empezar a esperar acontecimientos. Puede parecer un matiz insignificante, pero no lo es.»**

El Nuevo Testamento nunca presenta al creyente como un cazador de señales. Lo presenta como un discípulo. Alguien que vive cada día con fidelidad, sabiendo que su Señor volverá, pero sin convertir esa esperanza en una obsesión cronológica. Jesús mismo advirtió contra la tentación de intentar descifrar aquello que el Padre había reservado bajo su propia autoridad (Hch 1:7). Los primeros cristianos no fueron enviados a calcular fechas ni a interpretar continuamente la actualidad política de su tiempo; fueron enviados a anunciar el Evangelio, hacer discípulos y vivir de una manera que hiciera visible el Reino de Dios en medio de un mundo roto.

Quizá por eso resulta tan llamativo que, en algunos ambientes evangélicos, las conversaciones sobre el Anticristo, el tercer templo o la última crisis internacional ocupen mucho más espacio que el Sermón del Monte. No se trata de negar la importancia de la escatología, sino de preguntarnos si le hemos concedido un lugar que el propio Nuevo Testamento nunca le dio.[6]

Existe una prueba muy sencilla para comprobarlo.

Preguntémonos de qué hablamos cuando nos reunimos con otros creyentes. ¿Hablamos más de Jesucristo o de las noticias? ¿Dedicamos más tiempo a reflexionar sobre las Bienaventuranzas o sobre la geopolítica de Oriente Próximo? ¿Nos apasiona más el Evangelio de Juan o el último vídeo viral sobre las profecías del Apocalipsis?

Las respuestas pueden resultar incómodas.

Porque una fe alimentada casi exclusivamente por la urgencia termina desarrollando una extraña incapacidad para disfrutar del presente. Todo parece provisional. Todo queda aplazado hasta que llegue el desenlace final. Mientras tanto, la misión de la Iglesia corre el riesgo de reducirse a una mera sala de espera, como si el Reino de Dios no hubiera irrumpido ya en la historia con la venida de Cristo.

No deja de ser paradójico. Cuanto más se insiste en que el mundo está perdido, menos energía parece quedar para transformarlo. Si todo está condenado a empeorar inevitablemente, ¿para qué invertir en justicia, en cultura, en educación, en misericordia o en reconciliación? Poco a poco, el cristianismo deja de entenderse como una presencia que fermenta la sociedad desde dentro para convertirse en una comunidad que simplemente aguarda su salida de emergencia.[7]

Sin embargo, esa no fue la actitud de la Iglesia primitiva. Los primeros cristianos vivían con la expectativa del regreso de Cristo, pero esa esperanza no los llevó a encerrarse en una burbuja de especulación profética. Al contrario, los impulsó a servir, a cuidar de los pobres, a anunciar el Evangelio y a construir comunidades cuya manera de vivir despertaba la curiosidad de quienes los rodeaban. Su esperanza no los paralizó; los movilizó.

Tal vez ahí resida la diferencia más importante. El miedo inmoviliza. La esperanza envía. El miedo necesita controlar el futuro. La esperanza aprende a confiar en Dios. El miedo convierte cada noticia en una amenaza. La esperanza convierte cada día en una oportunidad para vivir el Evangelio.

Quizá haya llegado el momento de recuperar esa esperanza. No una esperanza construida sobre titulares, gráficos proféticos o interpretaciones cambiantes, sino sobre la persona de Jesucristo. Porque el centro de la fe cristiana nunca fue el Anticristo, ni el tercer templo, ni la última guerra en Oriente Medio. El centro siempre ha sido Cristo. Todo lo demás, por importante que pueda parecer, solo adquiere sentido cuando permanece bajo su señorío.

Así nació mi libro *Volver a Cristo*, no para alimentar una nueva polémica ni para sustituir un sistema teológico por otro. Nació de una inquietud mucho más sencilla y, al mismo tiempo, mucho más exigente: volver a leer las Escrituras preguntándonos constantemente si el foco permanece donde los apóstoles lo colocaron o si, casi sin advertirlo, hemos desplazado el centro hacia cuestiones que, siendo importantes, jamás debieron ocupar el lugar de Jesucristo.

Porque una Iglesia puede equivocarse en muchas interpretaciones secundarias y seguir anunciando fielmente el Evangelio. Lo que no puede permitirse es perder de vista a Aquel que da sentido a todas ellas.

Y quizá esa sea la pregunta que cada creyente debería hacerse antes de abrir de nuevo su Biblia:

¿Mi fe gira realmente alrededor de Cristo... o alrededor del miedo?

Notas

[1]. Ernest R. Sandeen, *The Roots of Fundamentalism: British and American Millenarianism, 1800–1930* (Chicago: University of Chicago Press, 1970), 63–95.

[2]. Daniel Kahneman, *Thinking, Fast and Slow* (New York: Farrar, Straus and Giroux, 2011), 79–88.

[3]. Jacques Ellul, *Propaganda: The Formation of Men's Attitudes* (New York: Vintage Books, 1973), 25–38.

[4]. Richard Kyle, *The Last Days Are Here Again: A History of the End Times* (Grand Rapids, MI: Baker Books, 1998), 85–142.

[5]. Daniel Kahneman, *Thinking, Fast and Slow* (New York: Farrar, Straus and Giroux, 2011), 79–88.

[6]. George Eldon Ladd, *The Presence of the Future: The Eschatology of Biblical Realism* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1974), 11-42.

[7]. N. T. Wright, *Surprised by Hope: Rethinking Heaven, the Resurrection, and the Mission of the Church* (New York: HarperOne, 2008), 175-208.

Me encantaría conocer tu opinión. Si este articulo te ha resultado útil, te ha hecho reflexionar o simplemente quieres compartir algún comentario, puedes escribirme a:

maxiaag@outlook.es

Visita maxialvarez.com